

Frida despertó esa mañana empapada en sudor, angustiada y con el cabello totalmente enmarañado. Mientras intentaba desenredar su bonito pelo, recordó lo que había soñado durante la noche. La invadió una desagradable sensación de frío húmedo. Un árbol metálico en medio de un desierto inmenso ofrecía como frutos inútiles numerosas rasas de pescados. Fue una visión horrible: pura desolación. Volvió a mirarse al espejo. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo al darse cuenta de que no había forma de conseguir que su pelo volviera a la normalidad. ¿Cómo era posible? ¿Qué le estaba ocurriendo? Sumergiéndose de nuevo en el recuerdo del extraño sueño, le vino a la memoria que un pajarillo de un color rojo intenso, con cierto aspecto de robot, se había posado sobre ella y le había dicho:

_ Los océanos se sienten mal. Sus aguas están desorientadas y los peces empiezan a morir.

El día transcurrió tranquilamente en el piso de su tía. Al acercarse la noche, notó que su corazón se aceleraba. Le costó dormirse. Tenía miedo de que volvieran las visiones. Daba vueltas y más vueltas en la cama. Al final, se durmió y de un punto negro suspendido en el espacio surgió otra vez el mismo árbol metálico. Le pareció que estaba muy cansado. Tenía un tronco muy grueso de chapas de hierro oxidado. Ahora que se fijaba mejor, su barriga sobresalía. Era como si hubiera tragado algo imposible de digerir. En cambio, la copa daba cierta sensación de alegría. Las ramas eran flexibles y ondulantes y se asemejaban a tentáculos. De repente, uno de esos tentáculos le colocó suavemente el pelo detrás de la oreja.

Se dio cuenta de que de las ramas esta vez no colgaban rasas, sino unas piedras redondeadas de tierra compacta sujetas con una red que las aprisionaba. La tierra de las piedras estaba agrietada e incluso le pareció ver que las grietas eran bocas que pedían, por favor, agua. Se tuvo que frotar los ojos para que las grietas volvieran a ser sólo grietas. De repente notó una sensación de sed insaciable y se acercó a un pequeño riachuelo y bebió, bebió, bebió hasta que no quedó nada de agua. Al otro lado del riachuelo estaba el mismo pájaro rojo de la noche anterior. Esta vez no habló, su pico se mantuvo firmemente cerrado. La miró con sus penetrantes ojos y a ella le llegó todo el sufrimiento de la tierra baldía y el lloro de los ríos huérfanos de agua limpia.

Cuando despertó, sobresaltada, sintió las piernas rígidas y pesadas. También le pesaban los brazos y el resto del cuerpo. Tenía el estómago duro como una piedra. Ese día no pudo salir a la calle. Se tuvo que quedar en cama. Su tía decidió que si al día siguiente seguía así, la llevaría al médico. La sensación de pesadez no la abandonó hasta la noche.

Frida se sintió aliviada: sus miembros volvían a ser los mismos. Lo peor ya había pasado. Ya no notaba aquel peso tan grande que la anclaba al suelo, como si fuera, ella también, un árbol y de sus pies salieran unas raíces que llegaban muy hondo.

Frida empezaba a reflexionar en su interior sobre los dos sueños y comprendió que el planeta le estaba enviando un mensaje, casi un ese o ese. Se puso muy triste y esa noche lloró mucho. Desde la ventana de su habitación veía bloques y más bloques que se perdían en el horizonte. De vez en cuando, un pedazo de tierra, un solar abandonado lleno de hierbajos. Otra vez cemento. Carteles luminosos. Carreteras. Vías de tren. Líneas de alta tensión asomaban a los lejos. Miró detenidamente su habitación. No había más que la cama, la mesita de noche, un armario, el ordenador y la tele. Ni un solo indicio de naturaleza. De repente, le pareció todo muy gris.

No se durmió hasta el amanecer. Tenía la inquietante sensación de que todo el mundo la miraba, millones de ojos puestos sobre ella, analizando cada uno de sus actos. Por tercera vez vio al árbol de hierro a lo lejos. Se parecía un poco, así en la lejanía, a uno que había visto en un reportaje antiguo sobre Argentina. La verdad era que había visto más árboles en la pequeña pantalla que en la vida real y le parecían unos seres desconocidos y misteriosos. Frida se fue acercando lentamente a su árbol, esperando encontrar tierra atrapada en redes de colores colgando de sus ramas. Se fue acercando más y más, con algo de miedo y mucho respeto. Cuando estuvo a casi un metro de distancia se dio cuenta de que de sus ramas colgaban centenares de flores abiertas con un ojo verde azulado en el centro. Los ojos no expresaban ningún sentimiento que le resultara familiar. Simplemente, estaban expectantes. Casi se tranquilizó, porque entendió por qué se sentía tan observada. Algunos ojos le devolvían su imagen de niña despeinada y un poco desgarbada. Otros, sin embargo, le permitían mirar a través y le mostraban paisajes de tierras descuartizadas, ríos contaminados, plantas moribundas... Vio mucha basura también, mares agonizantes... Un aleteo le hizo desviar la atención y vio aparecer al pájaro rojo volando desde el oeste. Éste le dijo:

_ Frida, bonita, el planeta está enfermo, ya lo ves. Tienes que responsabilizarte de tu parte, poner tu grano de arena para que mejore. Estoy seguro de que encontrarás la manera de hacerlo.

Y desapareció volando hacia el norte, sin dar tiempo a Frida a preguntarle nada.

Frida se despertó en ese momento y se quedó muy seria y pensativa. ¿Cómo quería el pájaro rojo que ayudara al planeta? ¿Cómo podía ella, una niña de ciudad de doce años,

ayudarlo? Se quedó mirando a su alrededor y decidió que, tal vez, lo primero que debería hacer era poner algunas plantas en su habitación.

Preguntó a su tía dónde podía conseguir las. Su tía puso cara de extrañeza, pero le explicó que había una pequeña tienda en el límite de su barrio. Después de desayunar se dirigió hacia allí, aunque notaba un ligero malestar en el estómago. Por el camino, a la altura de un enorme solar abandonado lleno de matorrales secos, se tuvo que parar a descansar porque le vinieron unas arcadas incontenibles. Apoyó su frente en una pared y empezó a vomitar. ¡Qué raro! Era un vómito indoloro. Miles de pequeñas semillas salieron de su boca y se esparcieron por el suelo. Esas semillas tenían una característica especial: apenas tocaban el suelo, germinaban y crecían muy rápidamente, sin necesidad de que se las regara. En un cuarto de hora, buena parte del solar abandonado se llenó de una tupida alfombra verde con puntitos aquí i allá, florecitas de todos los colores. Frida se quedó temblando, emocionada delante de algo que su mente decía que era imposible, pero, sin embargo, el manto verde lleno de flores estaba allí. Podía verlo, olerlo, tocarlo ¡Qué bonito era! Nunca había visto nada igual. Recordó a su abuela Caterine, que cuando ella era pequeña siempre le hablaba de todo tipo plantas: aromáticas, medicinales, trepadoras, silvestres ... y le hacía unos dibujos preciosos para que la curiosa Frida pudiera apreciar mejor su belleza.

En el mostrador de la abarrotada tienda la atendió un anciano con cara de sorpresa. Hacía más de un mes que nadie cruzaba la puerta, a pesar del esmero que él ponía en cuidar todas las plantas de su escaparate para atraer a los clientes. Su mercancía, simplemente, había dejado de interesar a las personas. Ante el señor Vert i Frida enseguida se generó una corriente de complicidad y simpatía. Frida se maravilló delante de cada planta y quiso saberlo todo de cada una de ellas. No paraba de preguntar. El señor Vert le explicó con paciencia lo que necesitaba cada una de las plantas. Frida, con su paga, sólo pudo comprar una azalea de color rosa y el señor Vert, convencido de que la niña sabría cuidar bien de las plantas, le regaló un limonero, su árbol favorito, y una hermosa orquídea blanca.

Frida se despidió de su nuevo amigo y salió de la tienda sujetando la maceta con el limonero con las dos manos. Había puesto la azalea y la orquídea con mucha delicadeza en su mochila abierta. Caminaba con cuidado mientras iba pensando dónde plantaría el limonero. En su piso no había terraza y una maceta era un lugar demasiado pequeño para un limonero. Cuando volvió a pasar por delante del solar, ahora recubierto de un verde brillante, decidió plantarlo allí. Hizo un agujero en el suelo y lo colocó. A

continuación fue rellenando los huecos con tierra. Finalmente, satisfecha de haberlo plantado sola y con las manos sucias de arena, decidió volver a su casa a buscar agua para regarlo. Cuando estaba a punto de ponerse en marcha, notó un suave pellizco en el hombro izquierdo. Un precioso pájaro rojo la miró con dulzura un instante antes de perderse en la inmensidad de un cielo que hoy Frida veía más azul.

En la esquina de unos grandes almacenes, cerca ya de su casa, vio a dos niños de su mismo bloque apoyados en una pared, intentando con una mano impedir que de sus bocas salieran miles de semillas que rápidamente germinaron y llenaron el parque infantil de tierra dura de un fresco verdor animado con puntitos de color. Frida no pudo evitar esbozar una sonrisa. No estaba sola.

Su tía, durante la comida, le comentó que habían dicho por la tele que se estaba extendiendo una extraña epidemia que producía un solo vómito de miles de semillas. Por lo visto sólo afectaba a los jóvenes. De momento, el gobierno no temía por la salud de los niños y adolescentes, ya que los síntomas remitían al cabo de tres días, pero se creía que la enfermedad era muy contagiosa.